

Agatha Christie[®]

INTRIGA EN BAGDAD



Agatha Christie

Intriga en Bagdad

Traducción de C. Peraire del Molino



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

They Came to Bagdad © 1951 by Agatha Christie

AGATHA CHRISTIE, the Agatha Christie Signature and the AC Monogram Logo are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.

www.agathachristie.com

Agatha Christie[®]

Traducción de C. Peraire del Molino

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © David Sierra

Primera edición en Colección Booket: junio de 2025

Dépósito legal: B. 8.585-2025

ISBN: 978-84-670-7722-3

Composición: Realización Planeta

Impreso en España

Capítulo 1

I

El capitán Crosbie salió del banco con el aire complacido de quien acaba de hacer efectivo un cheque y descubre que tiene en su cuenta más dinero del esperado.

El capitán a menudo parecía satisfecho de sí mismo. Era de esa clase de hombres, bajo y fornido, de rostro rubicundo y con un hirsuto bigote marcial. Al andar se contoneaba un poco. Se vestía de una forma un tanto llamativa, y le gustaban las buenas historias. Gozaba de popularidad entre los otros hombres. Un tipo alegre, sencillo, bondadoso y soltero. No tenía nada de extraordinario. Había montones de Crosbies en Oriente Medio.

La calle que recorría se llamaba Bank Street por la sencilla razón de que la mayoría de los bancos de la ciudad estaban en ella. El interior del banco era fresco, oscuro y olía a mustio. Predominaba el ruido producido por un gran número de máquinas de escribir.

En Bank Street brillaba el sol, se arremolinaba el polvo y los ruidos eran ensordecedores y variados: el persistente sonar de las bocinas, los gritos de los vendedores de diversas mercancías. Se veía discutir acaloradamente a pequeños grupos de personas que parecían dispuestas a matarse las unas a las otras, pero que en realidad eran grandes amigos; hombres, mujeres y niños vendían toda

clase de plantas, confituras, naranjas, plátanos, toallas, peines, navajas de afeitar y otras muchas cosas que transportaban rápidamente por las calles en unas bandejas. Y también estaba el perpetuo y siempre renovado rumor de toses y escupitajos y, por encima de todo, la suave melancolía de los gritos de los hombres que conducían mulos y caballos entre automóviles y peatones gritando: *¡Balek! ¡Balek!*

Eran las once de la mañana en la ciudad de Bagdad.

El capitán Crosbie detuvo a un chiquillo que llevaba un montón de periódicos y le compró uno. Dobló la esquina de Bank Street y llegó a Rashid Street, que es la principal arteria de Bagdad y discurre casi cuatro millas paralela al río Tigris.

El capitán Crosbie echó una ojeada a los titulares, se colocó el periódico debajo del brazo, anduvo unas doscientas yardas y, después, torció por una callejuela que desembocaba en una plazoleta. Al otro lado había una puerta con una placa de metal, la abrió y entró en una oficina.

Un joven escribiente iraquí abandonó la máquina de escribir y se adelantó sonriente a darle la bienvenida.

—Buenos días, capitán Crosbie. ¿En qué puedo servirle?

—¿Está Mr. Dakin? Bien, subiré a verlo.

Cruzó otra puerta, subió una escalera muy empinada y llamó con los nudillos a la puerta que había al final de un sucio pasillo. Una voz dijo:

—Adelante.

La habitación era amplia y casi no había muebles. Había una estufa de petróleo con un plato lleno de agua encima, un diván muy bajo y largo con una mesita enfrente y un destartado escritorio. La luz estaba encendida y no entraba ni un solo rayo de la luz del día. Detrás del escritorio se hallaba un hombre de aspecto pobre y de rostro cansado e indeciso, el rostro de quien ya no vive en el mundo, es consciente de ello y no le importa.

Los dos hombres, el alegre y seguro Crosbie y el melancólico y cansado Dakin, se miraron.

—Hola, Crosbie —dijo Dakin—. ¿Acaba de llegar de Kirkuk?

El otro asintió, al tiempo que cerraba la puerta con sumo cuidado. Era una puerta gastada, muy mal pintada, pero de una calidad inesperada: ajustaba perfectamente, sin dejar rendija ni resquicio alguno.

Era, en realidad, una puerta insonorizada.

En cuanto se cerró, la actitud de los dos hombres cambió ligeramente. El capitán Crosbie se mostró menos agresivo y seguro, y Dakin enderezó los hombros y sus ademanes se hicieron menos vacilantes. Si alguien estuviese escuchando en aquella habitación, se habría sorprendido al advertir que era Dakin quien llevaba la voz cantante.

—¿Alguna noticia, señor? —preguntó Crosbie.

—Sí. —Dakin suspiró. Tenía ante él un mensaje que había descifrado. Escribió dos letras más y dijo:

—Va a celebrarse en Bagdad.

Encendió una cerilla, prendió fuego al papel y observó cómo se quemaba. En cuanto se consumió, sopló suavemente y las cenizas se esparcieron por el aire.

—Sí —añadió—. Se han decidido por Bagdad. El veinte del mes que viene. Tenemos que guardar el máximo secreto.

—Hace ya tres días que se habla de ello en el Sur —señaló Crosbie con sequedad.

El hombre alto sonrió cansado.

—¡Alto secreto! En Oriente Medio no hay altos secretos, ¿verdad, Crosbie?

—No, señor. Si quiere saber mi opinión, no los hay en ninguna parte. Durante la guerra a menudo comprobaba que un barbero londinense sabía más que el Estado Mayor.

—En este caso no importa demasiado. Si la conferencia se celebra en Bagdad, tendrá que hacerse público pronto.

Y entonces será cuando empiece la diversión, nuestra diversión particular.

—¿Usted cree que llegará a realizarse, señor? —preguntó Crosbie escépticamente—. ¿Cree que el Gran Dictador —así de irrespetuoso se refirió el capitán Crosbie al jefe de Gobierno de una gran potencia europea— tiene intención de venir?

—Creo que esta vez sí, Crosbie —respondió Dakin, pensativo—. Sí, creo que sí. Y si la reunión se celebra sin ningún tropiezo, será la salvación de todos. Si se pudiera llegar a algún acuerdo... —De pronto se interrumpió.

Crosbie no abandonó su expresión de ligero escepticismo.

—Perdone, señor, ¿es posible algún tipo de acuerdo?

—En el sentido que usted insinúa, Crosbie, probablemente no. Si solo fuese reunir a dos hombres representantes de dos ideologías totalmente distintas, es probable que todo terminase como siempre: con el aumento del recelo y la incompreensión. Pero hay un tercer elemento. Si esa fantástica historia de Carmichael es cierta...

Se detuvo.

—Pero, señor, no puede ser cierta. ¡Es demasiado fantástica!

Dakin guardó silencio durante breves instantes. Veía, como si estuviera presente, un rostro ansioso y turbado, y oía aquella voz indescriptible diciendo cosas fantásticas e increíbles. Y se dijo, como lo hiciera entonces: «O bien mi hombre de confianza se ha vuelto loco o todo este asunto es verdad».

Prosiguió con su voz melancólica:

—Carmichael lo creía. Todo lo que pudo averiguar confirmaba su hipótesis. Quiso ir en busca de algo más, conseguir pruebas. No sé si hice bien o mal en dejarle ir. Si no vuelve, esto será solo una historia que me contó Carmichael y que a su vez le contaron a él. ¿Es suficiente? No lo

creo. Sería, tal como dice, una historia fantástica. Pero si ese hombre está aquí, en Bagdad, el día veinte para contar su propia historia, el relato de un testigo presencial, y presenta las pruebas...

—¿Pruebas? —inquirió Crosbie.

El otro asintió.

—Sí, consiguió las pruebas.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la clave convenida. El mensaje llegó a través de Salah Hassan. —Recitó cuidadosamente—: «Un camello blanco con una carga de avena viene por el desfiladero».

Hizo una pausa antes de continuar.

—Carmichael consiguió lo que fue a buscar, pero no lo logró sin ser detectado. Le siguen la pista. Cualquier ruta que tome estará vigilada y, lo que es todavía más peligroso, le esperarán aquí. Primero en la frontera y, si consiguiera pasarla, tenderán un cordón alrededor de las embajadas y los consulados. Mire esto.

Revolvió entre los papeles de su mesa y leyó:

—«Un inglés que viajaba en su automóvil desde Persia a Irak ha sido asesinado a tiros, supuestamente por unos bandoleros. Un mercader kurdo que bajaba de las colinas ha sido víctima de una emboscada y asesinado. Otro kurdo, Abdul Hassan, presunto contrabandista de tabaco, ha resultado muerto a manos de la policía. El cuerpo de un hombre, que posteriormente ha sido identificado como el de un camionero armenio, ha sido hallado en la carretera de Rowanduz.» Todos ellos reúnen las mismas características. La estatura, el peso, el color del pelo, la constitución, todo corresponde a la descripción de Carmichael. No quieren descartar ninguna posibilidad. Tienen que atraparlo. Y una vez esté en Irak, el peligro será mayor. Un jardinero de la embajada, un criado del consulado, un oficial del aeropuerto, en la aduana, en las estaciones, todos los hoteles vigilados. Un cerco cada vez más estrecho.

Crosbie arqueó las cejas.

—¿Usted cree que llega a esos extremos?

—No me cabe la menor duda. Incluso entre nosotros hay filtraciones. Eso es lo peor. ¿Cómo puedo estar seguro de que las medidas que tomemos para que Carmichael llegue sano y salvo a Bagdad no las conoce ya el otro bando? Como ya sabe, uno de los movimientos elementales del juego es tener espías en el campo enemigo.

—¿Sospecha usted de alguien?

Dakin meneó la cabeza lentamente.

Crosbie suspiró.

—Entretanto —dijo—, ¿continuamos?

—Sí, sí.

—¿Qué hay de Crofton Lee?

—Está de acuerdo en venir a Bagdad.

—Todo el mundo va a venir a Bagdad —comentó Crosbie—. Incluso el Gran Dictador, según ha dicho usted, señor. Pero si le sucediera algo al Presidente mientras está aquí, las consecuencias serían terribles.

—No debe pasar nada —dijo Dakin—. Ese es nuestro trabajo. Evitar que eso ocurra.

Cuando Crosbie se marchó, Dakin se inclinó sobre el escritorio y murmuró:

—Vendrán a Bagdad...

Sobre el papel secante dibujó un círculo y escribió debajo: «Bagdad». Luego dibujó un camello, un avión, un barco, un tren, todos convergiendo hacia el círculo. En un ángulo del secante dibujó una tela de araña y, en su centro, un nombre: Anna Scheele, y debajo un gran signo de interrogación.

Después, se caló el sombrero y abandonó la oficina. Cuando caminaba por Rashid Street, un hombre le preguntó a otro quién era.

—¿Ese? Oh, es Dakin, trabaja en una compañía petrolera. Un tipo agradable, pero no progresará. Demasiado

aplatanado. Dicen que bebe. Nunca llegará a ninguna parte. Hay que tener empuje para prosperar en este rincón del mundo.

II

—¿Tiene los informes sobre la propiedad de los Krugenhort, miss Scheele?

—Sí, Mr. Morganthal.

Miss Scheele, fría y eficiente, colocó los papeles ante su jefe, quien murmuró:

—Me figuro que son satisfactorios.

—Eso creo, Mr. Morganthal.

—¿Está aquí Schwartz?

—Está esperando en el otro despacho.

—Hágale pasar enseguida.

Miss Scheele apretó uno de los seis botones del interfono.

—¿Me necesitará, Mr. Morganthal?

—No, creo que no, miss Scheele.

La secretaria abandonó en silencio la habitación.

Era una rubia platino, aunque no una rubia espectacular. Llevaba el pelo lacio recogido en un moño sobre la nuca. Sus ojos, de un azul pálido y mirada inteligente, contemplaban el mundo a través de los gruesos cristales de unas gafas. El rostro, de facciones pequeñas, era poco expresivo. Se había abierto camino en la vida no por sus encantos, sino por su eficiencia. Podía recordar cualquier cosa por complicada que fuera, y citar nombres, fechas y horas sin tener que consultar sus notas. Era capaz de organizar al personal de una gran oficina para que funcionara como una máquina bien engrasada. Era la discreción personificada y su energía, bien canalizada y disciplinada, nunca flaqueaba.

Otto Morganthal, director de la firma neoyorquina Morganthal, Brown & Shipperke, dedicada a las finanzas internacionales, se daba perfecta cuenta de que no podía pagar con dinero todo lo que le debía a Anna Scheele. Confiaba plenamente en ella. Su memoria, su experiencia, su buen criterio y su cabeza siempre despejada eran inestimables. Le pagaba un sueldo espléndido que hubiera sido mayor en caso de solicitarlo ella.

Conocía no solo los detalles de sus negocios, sino también los de su vida privada. Cuando le pidió su opinión sobre el asunto de la segunda Mrs. Morganthal, ella le aconsejó el divorcio y le sugirió la cantidad exacta de la pensión. No demostró simpatía ni curiosidad. No era de esa clase de mujeres. No la creía capaz de expresar sentimiento alguno y nunca se le ocurrió preguntarse cuáles eran sus pensamientos. Y la verdad es que le habría sorprendido saber lo que pensaba, es decir, qué pensaba de otras cosas que no estuvieran relacionadas con Morganthal, Brown & Shipperke y con los problemas de Otto Morganthal.

Precisamente por eso le cogió por sorpresa oírle decir antes de salir de la oficina:

—Me gustaría disponer de un permiso de tres semanas para marcharme de Nueva York, Mr. Morganthal. Si es posible, a partir del próximo martes.

—Será un trastorno —replicó él, mirándola intranquilo—, un serio trastorno.

—No creo que sea demasiado difícil, Mr. Morganthal. Miss Wygate es muy competente. Le dejaré mis notas y todas las instrucciones necesarias. Mr. Cornwall puede ocuparse del asunto de la fusión Ascher.

—¿No estará usted enferma? —preguntó él, alarmado.

No entraba en su cabeza que pudiera ponerse enferma. Hasta los microbios parecían respetar a Anna Scheele y se apartaban de su camino.

—Oh, no, Mr. Morganthal. Quiero ir a Londres a ver a mi hermana.

—¿Su hermana? —No sabía que tuviera una hermana. Ni siquiera concebía que miss Scheele tuviese familia o amigos. Nunca los había mencionado. Y allí estaba, hablandole de una hermana que vivía en Londres. Habían estado juntos en Londres el otoño pasado, pero no le dijo que tuviese una hermana—. No sabía que tuviese una hermana en Londres —comentó resentido.

—Oh, sí, Mr. Morganthal. —Miss Scheele sonrió levemente—. Está casada con un inglés que trabaja para el Museo Británico. Tienen que operarla de algo grave y quiere que esté a su lado. Me gustaría poder ir.

Otto Morganthal comprendió que estaba decidida a marcharse.

—De acuerdo, de acuerdo —rezongó—. Vuelva lo antes que pueda. Nunca había visto la Bolsa tan alterada. Esos malditos comunistas. La guerra puede estallar de un momento a otro. A veces creo que es la única solución. Todo el país está plagado, plagado. Y ahora el Presidente ha decidido asistir a esa estúpida conferencia de Bagdad. Para mí que lo han preparado todo. Quieren cogerle. ¡Bagdad! ¡Como si no hubiera otro sitio!

—Oh, estoy segura de que estará bien protegido —dijo miss Scheele conciliadora.

—Mataron al sah de Persia el año pasado, ¿no? Y a Bernadotte en Palestina. Es una locura, eso es lo que es, una locura.

Miss Scheele permaneció en silencio.

—Pero ahora todo el mundo está loco —agregó Morganthal.